

El extraño visitante

Luego de varios días de ignorarla, conecté la computadora, la que obediente me lanzó un chorro de mensajes, y me apoltroné dispuesto a leerlos con una taza de café humeante a mi lado. Luego de tirar sin abrir toda la basura que encontré, me dispuse a leer uno de Alfonso; hacía casi un mes que no me enviaba noticias. Siempre leo con interés sus textos, no sólo porque Alfonso es un tipo inteligente, honesto y buen amigo, sino porque siempre encuentro abundante ingenio en lo que escribe. Pero éste resultó algo totalmente inesperado. Sólo después de leerlo, recordé que el episodio había estado en los diarios y la televisión, pero jamás lo habría asociado con Alfonso. Éste es su mensaje:

Mi querido amigo, estoy desolado. Me siento ruin y despreciable; me he dado cuenta de cuán poco talento tengo para juzgar caracteres, y qué difícil es librarse de ancestrales prejuicios, en ocasiones tan arduo como entenderse a uno mismo. Acabo de salir del hospital preso de una sensación de amargura. Las palabras que acabo de oír: "Hasta pronto, señor Portales, and *thanks for everything*", golpean en mis oídos como martillazos de reproche. Sí, reproche por mi actitud de las últimas semanas. Aunque en realidad no eran tal; eran gratitud muy sincera.

Pero mejor te cuento desde el principio. Todo empezó hace cosa de un mes. El timbre de la puerta me sorprendió. No esperaba a nadie, y como muchos de mis sábados vespertinos, estaba solo escuchando a nuestro inefable Plácido Domingo; Martha no regresaría hasta más tarde de su clase de yoga. Reduje el volumen de la música y abrí la puerta. Un joven de aspecto extravagante, con una abultada mochila a la espalda, y una tímida sonrisa que se esforzaba por asomar desde detrás de su negra barba, me preguntó:

-¿Vive aquí Miss Carina Portales?

Te aclaro que nuestro diálogo fue todo en inglés. Lo examiné por unos segundos. "¡Madre mía, con qué clase de gente se junta mi hija ahora!" pensé. Aro en la oreja, tatuaje en el antebrazo, melena hasta los hombros, piel muy bronceada por el sol, pantalones descoloridos cortados a tijera a la altura de las rodillas y calzando sandalias, no constituía un conjunto que causara una muy buena impresión.

-¿Quién la busca si se puede saber?

-Mi nombre es Sunshine... fuimos compañeros de viaje... en Alemania. ¿Es usted el padre?

-Así es, -y con algo de suficiencia proseguí - Así que un *backpacker*, ¿eh? Ella no vive aquí ahora. Se mudó hace un mes. ¿Cómo has dicho que te llamas?

-Sunshine -repitió. Y luego me lo deletreó. Al notar mi sonrisa algo burlona agregó: -No es un sobrenombre; así me bautizaron. Mi madre lo eligió.

La pésima impresión inicial cedió algo y dejó paso a una actitud menos intolerante. Sus gestos, su actitud, delataban una persona educada que parecía enfundarse en un disfraz de desprecio hacia los convencionalismos. Le expliqué que sabía como llegar a donde vivía mi hija, pero no había registrado el nombre de la calle o el número de la casa, lo cual como sabes, es frecuente aquí. Le sugerí que me dejase su teléfono. Dejando la mochila en el suelo, sacó una libreta y un lápiz; escribió en una hoja y me la extendió, siempre exhibiendo su sonrisa franca.

Su actitud cordial me hizo dudar por un instante: ¿Debí haberlo hecho pasar? Porque como bien sabes, soy hospitalario. Era su singular aspecto, la gastada camisa que en otros tiempos fuera de vivos colores, el chaleco de cuero y un collar de cuentas de varios tamaños y colores, lo que ponía una barrera a mis buenos modales. Abreviando, el muchacho no me inspiraba confianza.

Me extendió la mano, y sin dejar de sonreír dijo "Thanks, Mr. Portales". Recogió su mochila y se alejó caminando a largos pasos.

Fui al teléfono y llamé a Carina pero no estaba en casa. Al regreso de Martha relato el episodio.

-Alfonso, ¿qué podemos hacer? -comentó. Su mirada parecía una súplica. Y agregó: -Tal vez no sea un mal muchacho. Hoy por hoy los jóvenes hacen cualquier cosa para mostrar su rebeldía.

-Sí, tal vez no sea un mal muchacho -repetí por decir algo, mientras el lado oscuro de mi mente me susurraba: "pero lo dudo".

Por la noche Carina vino a vernos. Cuando le conté lo sucedido, su respuesta fue un balde de agua helada:

-¡Ah, Sunshine! Es un chico adorable. Lo conocí el año pasado en un hostel de jóvenes en Munich. Recorrimos un par de ciudades juntos y luego él se fue a Londres y yo me marché a España a ver a los tíos y primos.

Haciendo esfuerzos por digerir su comentario, le dije:

-Pues... -vacilé, no sabía cómo decírselo - no impresiona nada bien. Tú bien sabes lo que pienso de los hombres con aros en las orejas... o donde sea. Ah, y con tatuajes... y el pelo largo y sucio.

-Largo sí, pero sucio... no creo. Sunshine era muy limpio y no creo que haya cambiado. Además, no puedes juzgar a alguien por su aspecto o por su vestimenta, papá. Tú bien lo sabes.

-Ya lo sé -admití a regañadientes -pero la forma de vestir te dice mucho sobre el carácter de una persona. Eso no lo puedes entender con tus 20 años, pero ya lo verás cuando seas un poco mayor. Sería mejor que...

Con esa dosis de incomprensión que suelen exhibir los hijos, me interrumpió con un gesto ambiguo que parecía decir “¡bah, tú qué sabes!”, y de esa forma cerró la discusión. Me sonrió y se dirigió a la cocina donde Martha preparaba el té.

Tres días después Carina se apareció con Sunshine. Se posesionaron de la sala, y ella empezó a revolver mis discos compactos. “Perderán el tiempo” pensé. “No encontrarán ahí la estúpida música de ellos”.

-¿Te gusta Dvorak? -le preguntó ella.

Me sorprendió la respuesta afirmativa. Usando la música como pretexto, Carina procuraba atraparme en su conversación, y yo me debatía como pez en la red, pero en vano; en parte lo conseguía. Sunshine poseía una cultura que yo no esperaba en alguien tan joven. Más asombro aún: Supe que era un muy buen violinista, que había obtenido una beca para estudiar en un Conservatorio de Viena el año próximo.

Luego de un rato se marcharon, dejándome preocupado en extremo.

Unos días después Carina se apareció con un atado de ropa.

-Necesito usar la lavadora. La mía no funciona, no sé que le pasa. Sunshine y un amigo están arreglándola.

“Te la terminarán de destrozar”, pensé, pero nada dije. Mi preocupación por la amistad de Carina con Sunshine aumentaba día a día. Entre Carina y yo siempre hubo una línea de comunicación muy honesta y positiva.

Aprovechando que estábamos solos, le lancé un dardo:

-¿Tienes algo con ese... bicho raro?

-¿Qué quieres decir? Y no es un bicho raro. Sunshine es un gran muchacho.

-Bueno pues... si estás en relaciones con él.

Su sonora carcajada me sorprendió.

-Papá, claro que no estoy “en relaciones” como dices. -y pensando un momento, agergó... pero... ¿no te has dado cuenta? Sunshine es gay.

-¿Qué quieres decir con que es “gay”? -aunque sabía la respuesta, mi mente quería rechazarla sin saber bien por qué.

-Que es homosexual; no le interesan las mujeres. Pero es un gran chico. Honesto, generoso, educado, inteligente, en fin... es un buen amigo, papá, ¡trata de entender! - Sentí al mismo tiempo alivio y preocupación. Ella continuó: -Cuando estábamos en Alemania, era para mí una tranquilidad su compañía, pues no andaba sola.

-De todos modos, procura que no haga amistad con tu hermano.

-¡Papá, no seas ridículo! Marco hasta tiene novia ya, no te preocupes.

-Es que no me gustaría que sus amigos lo vieran en compañía de un... gay, como tú le llamas.

-Estás viviendo en la Edad Media, viejo -fue su respuesta. Y te confieso que me dolió lo de "viejo".

Martha, más sensible a los sentimientos de su hija, trataba de conciliar mi actitud que ella calificaba de inflexible, con la de Carina. A mí todo aquello, inesperado te confieso, me parecía fuera de lugar, como una pesadilla de la que pronto habría de despertar.

Con su lavadora reparada, ella no necesitó venir a vernos por un tiempo. Dos semanas después, me llamó por teléfono, diciéndome que su auto no funcionaba, y si podría pasar a buscarla; ella debía llevar a Sunshine a la estación, pues se tomaba el tren para ir a ver a sus padres. Al principio pensé negarme, mas luego, al comprender que era una buena noticia que el bicho raro se alejara, le dije que sí. Al llegar a su casa, me estaban esperando en la puerta. Sunshine, siempre sonriendo, me agradeció efusivamente. Yo contesté sin entusiasmo. Durante el viaje a la estación ambos hablaban sin parar y yo me concentré en el tráfico.

En la plataforma, con el pretexto de que tenía asuntos que atender sugerí a Carina que nos marchásemos. Con el mohín que usaba de pequeña cuando quería obtener algo, ella insistió en que nos quedásemos hasta que su amigo abordase el tren, y de mala gana acepté. La plataforma se llenó de gente. Un grupo de escolares apareció llenando el aire de alegres y agudos chillidos; los chicos se arremolinaban inquietos cerca de nosotros. Carina y Sunshine conversaban y trataban de envolverme en sus temas.

Algunos momentos después el tren apareció a lo lejos y Sunshine recogió su mochila. Fue entonces que sucedió lo inesperado, lo absurdo, lo horrendo. En su prisa por recoger sus mochilas, los escolares se acercaron peligrosamente al borde de la plataforma. De pronto, un coro de alaridos hizo explosión y rápido volví la cabeza. Quedé paralizado. Una niña, no más de seis años, había perdido el equilibrio y caía en las vías. Miré la pesada mole del tren, que a unos diez metros, no podría detenerse. Oí entonces el alarido de Carina:

-¡Sunshine, nooo!!

Éste había soltado su mochila y con asombrosa agilidad se lanzó a la vía. En un segundo recogió la niña arrastrándola hacia el otro lado. El tren cruzó con un espantoso chirrido de sus frenos, y no pude ver más. Se detuvo unos segundos después, y sus puertas se abrieron. El griterío de la gente era atronador. Un empleado de la estación corrió hacia el vagón frente a nosotros y yo le seguí. Saltamos por la puerta del otro lado y tendidos junto a las vías estaban Sunshine y la niña, todavía en sus brazos; ella lloraba con el terror estampado en su rostro. La levanté con cuidado y comprobé que estaba ilesa, excepto raspones en las rodillas. Sunshine, en cambio, levantó su cabeza y con un aullido ronco, que todavía me despierta por las noches, pudo decir:

-*Mr Portales! Help me, please! My legs!*

El empleado de la estación, en cuclillas tratando de asistirlo de algún modo, volvió su cabeza y vi el horror reflejado en su rostro. Sosteniendo la cabeza de la niña que lloraba en mi hombro me incliné, comprobando con espanto que las ruedas del tren habían destrozado las piernas de Sunshine. Lenta se agrandaba la mancha roja sobre el durmiente. El dolor debía ser insoportable. Es imposible explicarte, amigo, cómo me sentí. Casi de inmediato un grupo de personas nos rodeó. Un hombre joven gritó:

–¡Déjenme sitio! Soy médico. ¡Despejen, por favor!

Pude reponerme sacando fuerzas no sé de donde, respiré hondo y con la niña en brazos, que continuaba con sus convulsiones de llanto, me abrí paso entre el grupo que nos rodeaba, caminé hasta el frente del tren y regresé a la plataforma donde una empleada de la estación se hizo cargo de ella. Carina, llorando angustiada, me preguntaba por Sunshine. Yo no tuve valor para decirle la verdad. Un médico lo está atendiendo, le dije.

–No te muevas de aquí, – le ordené con firmeza, y retorné a donde se encontraba el herido. Se había desmayado, supuse que por el intenso dolor. Una ambulancia llegó enseguida y lo transportó al hospital. Algunas horas más tarde tuvimos la confirmación de lo que yo sabía era inevitable: le habían amputado las piernas a la altura de la rodilla.

Han pasado ocho días. Con Martha y Carina hemos ido al hospital a ver a Sunshine cada día. Y cada día Sunshine me ha despedido con las mismas palabras: “Gracias por todo, Mr Portales”.

Hoy he conocido a sus padres, un ingeniero y una maestra. Están completamente devastados. Procuré comprender sus sentimientos, y me sentí... no puedo explicártelo. Por eso te digo, amigo, que aunque ya inicié en la oficina una campaña para reunir fondos para las piernas ortopédicas (¿será para aliviar mi conciencia?), esas palabras golpean en mis oídos como un trueno. Sí, me siento ruin y despreciable. ¡Qué poco talento tengo para juzgar caracteres, y qué difícil es librarse de prejuicios! – Un abrazo de tu amigo, Alfonso.

* * *

No pude leer los demás mensajes. Apagué la computadora, con prisa salí a la calle y miré el cielo de un día radiante. La gente sonreía, los niños en el parque jugaban, y el mundo todo parecía estar indiferente a las tragedias.

Autor: Miguel Gamarra
Dirección: 2/79 Howard Av. , Dee Why, NSW, Australia 2099
Ciudad y país: Sydney, Australia
Teléfono: +61 2 9419 6164
Email: gmichael@ozonline.com.au

Miguel Gamarra es oriundo de Uruguay y vive en Australia desde 1973. Ha sido periodista y editor de libros y revistas. Tiene dos libros publicados, uno de relatos en castellano, "El manuscrito australiano" (1992) y una obra teatral "Do not kill Cecilia!" en edición bilingüe (1998). Ha obtenido varios premios en concursos literarios, y ha participado con artículos en publicaciones de la Embajada y Consulado de España en Australia. Ha escrito tres nuevas obras teatrales inéditas, dos de ellas traducidas al inglés. Una fue puesta en escena con gran éxito en julio de 2003, en Sydney, Australia.